

### ‘Métetela. . .’, dice Cheney

Con frecuencia nos hemos referido al vicepresidente estadounidense Dick Cheney como un “hombre–bestia”. No es cuestión de insultarlo o de ponerle un mote desagradable porque nos caiga mal. Más bien se trata de una descripción objetiva de la nueva raza de pretendidos superhombres nietzscheanos que pretende imponer un nuevo gobierno mundial por la fuerza de las armas, incluso nucleares, si fuere necesario. La mentalidad sinarquista de Cheney quedó nuevamente de manifiesto el 24 de junio, cuando Cheney, quien también es presidente del Senado de los Estados Unidos, le dijo al senador demócrata Patrick Leahy, “métetela por el c. . .”, cuando éste trató de saludarlo en momentos en que le tomaban una fotografía de grupo a los miembros de ese cuerpo legislativo.

No es que no comprendamos la rabia de Cheney, cuya desesperación debe ser extrema al verse acosado por todas las revelaciones sobre su tráfico de influencias en lo que toca a su empresa Halliburton, por no hablar de las mentiras que él y su camarilla difundieron para justificar una guerra injusta y cruel contra el pueblo de Iraq. Leahy, junto con Lyndon LaRouche, ha sido uno de sus críticos más acérrimos. Pero lo de Cheney no fue el simple pataleo de alguien que se siente ahogado, sino producto de la arrogancia característica de la mentalidad sinarquista, como quedó demostrado al día siguiente, en una entrevista que le concedió a la cadena de televisión Fox. Cuando el entrevistador le dio la oportunidad de disculparse por el exabrupto, Cheney respondió, “no me arrepiento de nada”, y añadió, “me sentí mejor” después de haber insultado a Leahy en términos tan soeces, contraviniendo todas las reglas de urbanidad que deben regir las relaciones en el Senado, cuyo reglamento prohíbe de forma explícita el uso de vulgaridades en su seno. Pero las reglas no son para Cheney. Ni para sus piratas igualmente malhablados, de los que informamos en el artículo sobre los robos de la Enron que aparece en la página 22.

Nada ilustra mejor la mentalidad de los “hombres–bestia”, a nuestro juicio, que los paralelos que hay entre los “memorandos de la tortura” que hiciera públicos el presionado Gobierno de Bush a principios de junio, y

las órdenes que el régimen de Hitler le impartió a sus huestes sobre el trato que debían darle a las poblaciones enemigas.

Los documentos, elaborados por el Departamento de Justicia de John Ashcroft, el Pentágono de Donald Rumsfeld, y la propia Casa Blanca, alegan que los EU pueden hacerle caso omiso o suspender los tratados internacionales como las Convenciones de Ginebra, e incluso las propias leyes de los EU, en aras de “combatir el terrorismo”. Ello es lo que explica las imágenes bestiales de la tortura perpetrada contra los prisioneros de guerra en la prisión de Abu Graib y otras en Iraq, Afganistán y Guantánamo, Cuba, e incluso el maltrato contra ciudadanos de los propios EU, encarcelados sin derecho a juicio hasta que la Corte Suprema falló lo contrario.

Por ejemplo, Alberto González, el abogado de la Casa Blanca, le envió un memorando al presidente George W. Bush el 25 de enero de 2002, que decía que la lucha contra el terrorismo es una “guerra de nuevo tipo” que “hace obsoletas” y hasta “peregrinas” las provisiones de las Convenciones de Ginebra.

¿No semeja eso las instrucciones de Hitler a sus ejércitos en vísperas de la invasión a la Unión Soviética? “La guerra contra Rusia será tal que no podrá librarse de forma caballeresca. Esta lucha es una de ideologías y diferencias raciales, y tendrá que librarse con una crueldad sin precedentes, inmisericorde e implacable. Todos los oficiales tendrán que desprenderse de *ideologías obsoletas*. . . Los soldados alemanes que sean culpables de violar el derecho internacional serán disculpados”.

Que nadie se ufane de ser moralmente superior “a los gringos” y a los alemanes. Esta misma mentalidad de “hombre–bestia” es la que guió a las hordas jacobinas que hace poco lincharon a los alcaldes en Perú y Bolivia, como detallamos en el reportaje que aparece en la página 25 de este número, sobre cómo los amigos sinarquistas de “izquierda” y de “derecha” de Blas Piñar pretenden prenderle fuego a los Andes, y poner en marcha un proceso que sólo puede acabar en un descenso al oscurantismo y la barbarie. Es hora de acabar con ella.